

Las paradojas del servicio y del poder¹

Néstor Míguez

Entonces Jesús, llamándolos, dijo: -- Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos.

Evangelio de Mateo, 20:25-28

Este texto suele ser citado cada vez que se plantea este tema. Señala el contraste entre el poder despótico y la actitud de dominación y clientelismo que describe como propia de gobernantes y autoridades, confrontada con el propio ministerio de Cristo y su mandato a sus seguidores. El texto recuerda que los poderes que gobiernan nuestro mundo se nutren de autoritarismo y viven ensimismados en su fuerza. El paralelo en Lucas (Lc 22:24) destaca como aún quienes oprimen y sojuzgan gustan verse a si mismos como gentes buenas y correctas, y ser nombrados como benefactores.

Por otro lado señala que: “no ha de ser así entre ustedes” para quienes han de seguir a Jesús. E introduce el mandato del servicio. Sin embargo, Jesús no dice que es malo o que no deben buscar poder: enuncia, en cambio, una manera distinta de adquirirlo y emplearlo.

De esta manera se da inicio a una serie de paradojas y tensiones que matizan esta relación entre poder y servicio. Así se suele decir que debemos “poner el poder al servicio de los más humildes”, o “ver el poder como un servicio”, o “usar el poder para servir a la justicia”, etc. Pero por bien intencionados que sean estas expresiones y quienes las emplean, la paradoja subsiste. Porque el poder, especialmente en su dimensión política y social, y más que nada en su dimensión económica, implica asimetrías, desigualdades, capacidades de obrar e influir que suelen reproducirse e incrementarse en su ejercicio, aunque sea un ejercicio servicial del mismo. Por otro lado, no se puede “servir” sin ciertas capacidades, saberes, recursos, que implican alguna forma u otra de poder. Esta dimensión paradójica, esta tensión, esta irresoluble aporía acompañará siempre la relación entre servicio y poder.

La paradoja de las dimensiones

La primera de las tensiones se manifiesta ya en las dimensiones de los poderes que entran en juego. Por un lado, están “los que gobiernan las naciones” (los reyes, en Lc), por el otro “entre vosotros”. Aquí aparece el contraste entre los espacios macropolíticos y los espacios microsociales. El poder es visto en el plano de las grandes entidades, lo que hoy llamaríamos la dimensión “macro” de lo social y político: las naciones, los que son grandes. El servicio es visto en la dimensión de las relaciones personalizadas: *entre vosotros*. Así, pareciera que el poder se ejerce en el mundo de las instituciones y la política, el ámbito de lo

¹ Estudio presentado en la Asamblea de ACT – Alliance, Buenos Aires, Julio 2005.

público, y el servicio se limita al ámbito de lo privado, a las relaciones interpersonales, a los espacios comunitarios más restringidos donde se afirma la simpatía, el conocimiento de la situación local y concreta. En forma directa o indirecta muchas veces se han planteado las cosas así: hay una práctica del poder que se manifiesta y justifica en las instituciones y en la esfera de lo público, y por otro lado una ética del amor servicial en la dimensión personalizada. En la expresión común: "la política es mala, la caridad es buena".

Pero en el dicho de Jesús ambas dimensiones son puestas a la vez en contraste, y en paralelo, se influyen mutuamente. Los poderes mundanos y mundiales, hoy diríamos mundializados o globalizados, generan las condiciones de pobreza, exclusión, violencia, que hoy reclaman nuestro servicio. Por otro lado, en el ejercicio concreto del servicio a quienes están en situaciones precarias, de vulnerabilidad, exclusión o discriminados, muchas veces vemos como las macroestructuras políticas se reproducen en pequeño en los ámbitos más domésticos, por cierto también los eclesiales. La familia, la escuela, la iglesia, los servicios de salud, los propios movimientos sociales tienden a reproducir también conductas autoritarias, favoritismos, ciertas prebendas. De alguna manera lo naturalizamos, nos acostumbramos a lo que sucede en el mundo político y económico.

Pero también hay que reconocer que en la práctica del servicio se generan y proponen alternativas a esos poderes. A los poderes autoritarios se los combate con prácticas de humildad. Pero si se busca verdaderamente incidir en las condiciones de vida de los pueblos, esa humildad tiene que confrontar con los poderes más violentos y diabólicos. El desafío del poder alcanza al servicio, el servicio reconfigura el poder. Sin esta paradójica tensión solo se propicia un inmovilismo social, con los cristianos limpiando su conciencia con algunas obras de buena voluntad, aliviando un poco ciertas situaciones de dolor, lo que si bien es necesario, resultan ineficaces en su esperanza de transformación y su ministerio profético.

La paradoja del Evangelio: el poder de la Cruz

El evangelio nunca puede evitar una particular relación entre cultura, política y praxis. Como la "*Palabra de Dios encarnada*" nosotros esperamos que trascienda cualquier condición humana dada. Pero como la "*Palabra de Dios encarnada*", sólo puede conocerse y expresarse en las particularidades de su situación y contexto. La paradoja es que la presencia trascendente de Dios sólo puede comunicarse en la experiencia humana estrechamente localizada, con todos sus prejuicios y limitaciones. Más aún, cuando se da de una a otra cultura, llevando consigo los símbolos y prácticas de poder. La coincidencia de evangelización y conquista en la mayoría del Tercer Mundo es un ejemplo dramático de esto.

En el caso particular de la fe cristiana se produce otra paradoja. Pues la Palabra de Dios no sólo encarna en un ser humano, sino en alguien que "da su vida". En la forma en que lo pone otro pasaje muy citado en estos temas, el himno crístico de Filipenses 2:5-11, la encarnación se produce en un esclavo, que muere la muerte de un esclavo rebelde: la Cruz (Flp 2:5-8). Esta es la paradoja de la Cruz, que reúne la experiencia humana de debilidad extrema y muerte con la transcendencia cosmológica de "el nombre" (Flp 2:9-11). Si hay algún "modelo" de relación entre servicio y poder, es este: "Sean de la misma mente de Cristo Jesús... ". La fe y práctica cristiana, en breve, debe identificarse con el débil, el humilde, los despreciados: "Dios ha escogido las cosas tontas del mundo para avergonzar a los sabios, y Dios ha escogido lo débil del mundo para avergonzar a los fuertes, y las cosas bajas y lo despreciado del mundo ha escogido Dios, las cosas que no son, para que Dios pueda anular las cosas que son "(1Co 1,27-28).

Si el misterio del Evangelio como el amor salvador de Dios ha de ser afirmado de nuevo, superando la función ideológica a la que se lo redujo, principalmente por su política de poder, debe construir otra forma de compromiso social. Debe reconstruir su compromiso con el débil, el humilde, los despreciados. Pero esta no es una tarea fácil; siglos de práctica opuesta han marcado la Iglesia, no sólo como percibida por la sociedad pero también en sus estructuras interiores y reacciones espontáneas, su teología y visión misionera. Con esta práctica, en muchos casos, se ha reforzado los modelos dominantes de la sociedad, se ha creado una justificación para las estructuras económicas y sociales opresivas, y ha consagrado el papel de la elite cultural conservadora. Muchas veces, sin darse cuenta, organismos solidarios adoptan criterios de administración y eficiencia tomados del mundo empresario, de los círculos de la acumulación del poder.

En algunos otros casos, las iglesias cristianas, de distintas tradiciones, promovieron una teología con un discurso alejado del mundo real, que no ayudó al crecimiento de una conciencia social. O incita a una visión individualista, de la prosperidad personal, cuando no a un moralismo ciego a las situaciones concretas en que la vida pone a muchas personas sin recursos. Las excepciones caben en uno u otro caso. Los esfuerzos para modificar estas prácticas de algunos líderes y congregaciones, han encontrado dificultades y tienen que asumir también una autocrítica en virtud de ciertos "actos reflejos" creados por un tiempo largo del ejercicio de poder institucional o las teologías abstractas.

Por otro lado, para lograr beneficios concretos y cambios para los pobres, los de capacidades diferentes, si vamos a superar el sexismo y los prejuicios raciales, la comunidad y el mensaje cristiano necesitan tratar con los problemas del poder, y necesitan mostrarse eficaces y capaces. El mismo Jesús que era un obrero, usó del milagro poderoso cuando vino a curar al enfermo, alimentar al hambriento, debiendo superar los prejuicios, incluso los suyos propios, como en el caso de la mujer sirofenicia. Pero resultó, al mismo tiempo, completamente indefenso delante de los poderes que lo crucificaron a él y a otros. Cualquier perspectiva de una misión cristiana comprometida que se quiere involucrar con las estructuras opresivas del mundo, más allá del servicio asistencialista (y a veces aún en este), vivirá permanentemente en esta tensión, en la cosa difícil de esta paradoja entre la necesidad de expresar un cierto poder como capacidad y eficacia, y a la vez padecer en la indefensión y la debilidad.

La paradoja de la crítica cultural

Al mismo tiempo, nos encontramos en sociedades complejas. En el servicio nos damos cuenta de la importancia de las diferencias culturales y de la existencia de diversas subculturas conformadas por mitos, *habitus*, simbólicas diferentes en sectores y clases. Pero las distintas culturas también reproducen los dispositivos hegemónicos de su sociedad. Más aún en esta era de la globalización, que provoca lo que se ha llamado "las culturas híbridas". Las características culturales tradicionales de la sociedad han sido cooptadas por los poderes globales, a veces bajo el fingimiento posmoderno de "contar con las diferencias", para perpetuar las prácticas autoritarias, reforzar la desigualdad económica o justificar su *ethos* sacrificial. Es allí donde el Evangelio tiene que mostrar su fuerza y particularidad como "el Evangelio", el significado del mensaje de la Cruz y resurrección de Jesús para cada sociedad o sector social particular, por lo que se refiere al amor de Dios hacia el humilde, el débil, los despreciados.

Pero, de nuevo, esto nos pone delante de otro dilema. Pues, como el mensaje cristiano no puede evitar ser identificado con una dada estructura de poder -que en verdad lo es- cualquier crítica de una cultura o práctica puede leerse como otra imposición, de la

jactancia del mismo orgullo cristiano. Por otro lado, el Evangelio no puede comunicarse sin un compromiso profundo en la lucha por la justicia, en la solidaridad, en la búsqueda de nuevas prácticas que superen toda discriminación, opresión o violencia social. Es decir, que debe confrontarse a la vez con la necesidad de criticar la cultura y estructuras de poder en cada sociedad, y esforzarse por el cambio, y sin embargo ser respetuoso y no impositivo en esa misma cultura. Una vez más nos enfrentamos con una polaridad que no puede evitarse sin desconocer al Jesús de la historia: por un lado la necesidad de respetar las diferencias e identidades culturales, la validez de las diferentes simbólicas dadoras de sentido en cada mundo y cultura, y por el otro la de anunciar un Evangelio que es crítico de toda cultura, que opera como un rasero al interior de toda sociedad, frente a las distintas formas de prejuicio, discriminación y opresión que en ellas se dan.

Narrativas en la Biblia

Hemos señalado algunas de las paradojas que la misión cristiana encuentra cuando considera su compromiso social y su servicio: la necesidad de entender y ejercer una crítica de como trabaja una sociedad, como se construyen y operan sus poderes macrosociales, pero al mismo tiempo operar en medio de ella en las dimensiones microsociales con perspectivas de cambio y eficacia; la encarnación necesaria de la Palabra en una sociedad y cultura dada, pero al mismo tiempo expresar la transcendencia de la Palabra a toda cultura, a toda situación, más allá del condicionamiento social y cultural; la necesidad de diferenciarnos claramente del compromiso histórico de fe cristiana con los imperios Occidentales, pero reconociendo el hecho que estamos claramente condicionados por ello; la necesidad de identificarse con los más débiles y sin poder, pero también la necesidad de esforzarse para contar con el poder de producir cambios; la necesidad de discernir y afirmar lo que nosotros consideramos el centro del mensaje de fe cristiana. Es necesario afirmar la validez de nuestra fe a la vez que reconocemos la validez de las imágenes sincréticas que cada cultura construye en su apropiación de ese mensaje; la necesidad de afirmar el valor de cada cultura e identidad, mientras guardamos vivo, al mismo tiempo, el filo cortante del Evangelio, ese rasero que desafía a todas y cada forma de discriminación culturalmente inscripta, de injusticia y de opresión.

Esta lista de paradojas y tensiones, que ciertamente podría incrementarse, propone una tal carga de preguntas y problemas a la misión cristiana, que se corre el riesgo de paralizar cada esfuerzo solidario si nos enredamos en pretender resolver teóricamente cada una de estas paradojas. El evangelio es el amor en acción, ya que "habiendo sido hechos libre del pecado, habéis sido hecho servidores de la justicia " (Rom 6:18).

El evangelio, entonces, se vuelve una narrativa del vivir cristiano. Es la narración de quien da testimonio en la acción a partir de concretas situaciones de la historia, quienes asumen la historia para transformarla por su fe, sin ignorar la potencia del evangelio pero sin someterse a las prácticas de cooptación imperial. Ésta es una historia poderosa, pero que no tiene otro poder que el de la propia historia. La historia del Evangelio tiene que ser puesta lado a lado con las muchas historias de las personas, historias de sufrir y pesar, pero también de alegría y esperanza. La historia del Evangelio, y la posibilidad del compromiso social, se actúan no obstante sus muchas paradojas y tensiones, cuando la fe cristiana puede nutrirse de la historia en la Biblia, y a la vez brindar una atención crítica a la historia de los pueblos, y descubrir y resignificar los puentes entre ellos, cuando es capaz de entrelazar historias, para que todas adquieran un sentido liberador. Cuando, como dijo el obispo mártir Enrique Angelelli, podemos actuar "con un oído en el Evangelio, y el otro oído al pueblo..., y, con los pies en el barro, hay que seguir andando, nomás". Andando en las huellas de Jesús.